



El director M. Russell y su asistente Tordo, disponiéndose a filmar una fiesta de la película «Violetas imperiales», exclusiva E. Huet



Paulette Goddard



Conrad Nagel, actor de la Metro Goldwyn Mayer, en el jardín de su casa, acompañado de Mrs. Nagel y su hija de once años Ruth Margaret

A nuestro modo de ver—cuando menos así lo creíamos hasta que discutimos el asunto con Cantor—, debería ser mucho más arduo cuidar como es debido de la educación de cinco chiquillas que lidiar un toro bravo, como le toca en suerte en su último sainete musical «Torero a la Tuerza».

Cinco son las bellas hijas de Cantor. Marjorie, Nathalie, Edna («Mencione cuantos nombres quiera—exclamó, alegremente, el comediante—; mi caudal de chicas es ilimitado»), Marilyn y Janet. De dieciocho, dieciséis, catorce, once y cinco años, respectivamente. Quizá comience el lector a pensar en la gravedad del problema.

Empero, don Eddie, nos afirmó que no existe ni tal problema, ni tamaña gravedad. Y oense que no era él entonces el cómico cinéfilo: nos hablaba el recto y capaz padre de familia.

Tan pronto se le habla de sus hijas, se esfuma. Durante las tres horas que pasamos platicando con él en su lujoso estudio, sobre todo y con todos los demás fué siempre el festivo e incorregible guasón—ya hablando por teléfono, cuyo tintineo interrumpía nuestra conversación a cada momento, ya quitándose de encima a varios libretistas y compositores que le acosaban con nuevos números, ya palabreando animadamente con el agente de publicidad que vino a verle sobre su semanal función radiada—. Mas así que la conversación recaer sobre sus hijas, Cantor se transforma en el hombre más serio del mundo. Se lo disculpamos. Diga él lo que quiera, ser el papá de cinco chicas es cosa seria.

Cinco hijas de Eva. Y todas disfrutan de criterio independiente y vivaz. Jamás reparan en decir cuanto tienen en la mente. Los esposos Cantor son la personificación de la franqueza, y sus hijas los emulan con fruición. Todos los domingos por la noche, después que Eddie Cantor ha terminado su programa en la radio, las cinco le llaman por teléfono desde California, donde están invirtiendo, para tirarle de las orejas, o felicitarle según

TRAS LA PANTALLA EN HOLLYWOOD

Eddie Cantor y su familia

—¿No crees, papá, que resulta un poco cargante repetir tres veces el estribillo de ese cantar?

O bien:

—¿No esperarás que la gente se ría con ese mal chiste? Tienes que aguzar el ingenio, papá.

O, si no:

—Tu último número me gustó una barbaridad. Sólo tú podrías cantar una canción sin letra.

—¿Que canté una canción sin letra?—pregunta, perplejo, Cantor.

—Pero llamas tú letra a «eso»?—bombardea la crítica.

E igual sucede con todo lo demás. Cuando el comediante filma una película, sus hijas nunca faltan a la proyección de ensayo de las escenas, y lo que ellas mandan, eso se hace. Cantor opina que si no puede hacer soltar la carcajada a sus chiquillas, peor suerte le espera por parte del público en general. Y como, según sus cálculos, la cuarta parte de los auditorios que atraen sus películas está compuesta de gente menuda, siempre hace caso de lo que sugieren las cinco tiranuelas.

Mas volviendo al tema de la educación de una chica, o mejor, de cinco chicas, Cantor es partidario de darles rienda suelta. Cuanta más li-

berdad se les dé, mejor. El comediante asegura que no hay sistema más excelente.

—Nathalie, la que tiene dieciséis años, sale a menudo con muchachos, va a los bailes en su compañía, y a veces regresa a casa a la una de la madrugada. Su proceder no nos causa inquietud. Todos sus camaradas son buenos chicos, decentes, y aunque alguno de ellos no lo fuese, lo es ella; basta con eso.

—Un día—agregó Cantor—, se me presentó Marjorie, la de dieciocho años, fumando tranquilamente un cigarrillo. Quedé sorprendido—vemos todavía los inquietos ojos probar de salirse de sus órbitas recordando el incidente—. Mi esposa me sacó de mi estupefacción preguntándome si yo preferiría que Marjorie fumase escondidas, en secreto.

Por cierto, bueno será decir aquí que la señora de Cantor es exactamente la clase de mujer que Eddie espera que toda hija suya, cuando mayorcita, llegue a ser. Para darnos una más amplia idea del carácter de su esposa, el comediante entró en detalles:

—Hace diecinueve años que contrajimos matrimonio. Nuestro noviazgo duró siete. En todo ese tiempo, jamás ha dicho una mentira. Ni tan siquiera una mentirilla inocente. Quizá hubiera sido mejor, más de una vez, que Ida no hubiese sido tan veraz. Jamás repara en sacrificio alguno. Cuando le intimé que iría mejor si nos fuéramos a vivir a California, sin una palabra de protesta, empaquetó todos sus efectos y se dispuso a emprender el viaje. Si mañana le dijera que me convenía trasladar nuestro hogar a Europa, a la semana siguiente embarcaríamos para Europa.

—Supongamos—se nos ocurrió sugerir—, que el «talentoso» y «productor» miembro de la familia fuera la señora de Cantor. ¿Lo sacrificaría todo don Eddie en aras de la carrera de su esposa?

—Absolutamente—replicó el cómico, sin titubear un instante—. ¿Si ella pudiera ganar más dinero que yo? ¡Pues no faltaba más!



Interesante foto de Eddie Cantor, artista de la Unit Artists, con su esposa Ida y sus cinco hijas, Marjorie, Nathalie, Edna, Marilyn y Janet

En pos de la iniciativa por JUAN MENÉNDEZ



Marion Davies, adorable estrella, tal como aparece en su próxima película

La novedad: he ahí el blanco a que dirigen sus miradas las estrellas de la pantalla, quienes una vez han alcanzado el pináculo de la fama en el cinema, tratan de conquistarse alguna distinción particular, empenándose en competencias amistosas que se traducen en nuevos laureles.

Así tenemos que Marion Davies fué la primera en ofrecer fiestas con trajes caprichosos en las cuales las más encumbradas estrellas y funcionarios del cine eran invitados a rebotar como si se tratara de simples chiquillos.

Norma Shearer obtuvo distinción adicional por ser la creadora de los pendientes de perlas dobles, aceptados en la actualidad como la última palabra en joyería.

Marie Dressler fué la primera estrella que ofreciera comidas preparadas por ella misma.

Polly Moran ha esculpido su nicho en la galería de la fama, por ser la primera actriz irlandesa que haya

expresado desdén por la carne acecinada con coles.

William Haines es el primer «desparpajado» que triunfara en la pantalla y hay que acreditar también a su lista de «primicias» una próspera tienda de antigüedades.

Jean Harlow asombró a la colonia cinematográfica con su alborotada cabellera rubio platino, figurando desde entonces al frente de las «platinadas».

Johnny Weissmuller ha sido el primer atleta acuático que alcanzara definitivamente el estrellato.

A Clark Gable correspondió ser el primer hombre que ahofeteara, con la sanción del público. Ha sido, igualmente, el primero en terminar una partida de golf en 85 golpes, a las tres semanas de ensayar ese deporte.

Una de las más deliciosas «iniciadoras» de la pantalla, es Magde Evans, quien aparecía en otro tiempo graciosamente sentada en una

pastilla de jabón, aguisa de propaganda, convirtiéndose luego en la primera estrella infantil de la pantalla.

Jackie Cooper fue el primer astro infantil que recibiera un premio de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas.

Robert Montgomery demostró su espíritu osado, convirtiéndose en el primer jugador de polo en la capital del celuloide.

Lewis Stone es el primer y único actor que ostenta un grado en el ejército chino.

Jimmy Durante no tiene adversarios para el puesto que ocupa en la historia: es el primero y único en la industria cinematográfica que toca con la nariz a cualquier puerta en Hollywood, e inmediatamente le es franqueada la entrada.

Y, así por el estilo, todos se ufanan por conquistar distinciones especiales que les permitan destacarse en algo diferente, ahora, luego y siempre.